

tractos y á ver, en perspectiva justa, la relación en que se encuentran la situación del obrero del campo no penetrado aún por las formas industriales modernas y el obrero de las minas y las fábricas, aparentemente más rico y mejor defendido en la lucha orgánica; así como daría luz á la comparación entre los pueblos agricultores de las llanuras y de las costas, y los de la montaña que aun viven principalmente de la ganadería.

Y venimos á parar otra vez á lo de siempre, á lo que se manifiesta en el fondo de todas las cuestiones nacionales: al hecho de que no conocemos bien nuestro país, de que España es todavía para los españoles un mar de cuestiones oscuras, por ignorancia de los factores que las integran y que á la buena de Dios, á ojo de buen cubero, valoramos, calificamos y comparamos, para fundamentar conclusiones que luego son causa de amarguísimas experiencias de gobernación y tutela del Estado.

Nuestra política

I

Balance político

Los finales del año son momentos propicios para todo género de balances. No es de los que menos nos importa el balance de nuestra vida política, entendiendo por tal, no un resumen de hechos legislativos, gubernativos, de propaganda, etc., sino una apreciación comparativa de la realidad de nuestro estado con el sinnúmero de elementos que forman la opinión compleja del pueblo español, diversificada en tendencias muy diferentes en punto á la manera de resolver el problema actual. En concreto, lo que yo quisiera hacer en este artículo es una información exacta (por de contado, absolutamente imparcial y objetiva) del movimiento político, para que los españoles de América—no siempre poseedores de todos los medios de conocimiento que el contacto con la vida peninsular proporciona—se den cuenta de la manera como hoy se plantea á sí propio aquella cuestión el espíritu de nuestro pueblo. Sabidos los datos, cada hijo de vecino queda en libertad de arrimar el ascua á su sardina y deducir consecuencias favorables á su credo. Yo oficiaré aquí tan sólo de historiador (aunque también tengo credo), pues aparte mi concepto de la imparcialidad histórica, soy de los que creen que en política, como en todo, es hombre perdido el que no escucha con

religioso respeto las voces de la realidad antes de formular doctrina y se empeña en reducir la vida á un molde preconcebido.

Hay una cosa en la cual parecen todos conformes, los de la derecha, los de la izquierda y los del centro, y es la gravedad de las circunstancias y el pesimismo en cuanto á la reforma. Si sabéis de opiniones optimistas, tened por seguro que obedecen á una de estas dos causas: ó al egoísmo de quien va á gusto en el machito, como vulgarmente se dice, ó á la heroicidad del que, careciendo interiormente de fe, sigue proclamándola en voz alta... por si se equivoca, por no desalentar á los otros, ó por la vergüenza que todos sienten de confesarse vencidos. En algunos, la continuación de la lucha obedece á un discreto agnosticismo en punto á las leyes de los fenómenos sociales, á una duda científica que no les permite sentenciar de plano, y á la conciencia del deber, que impone la resistencia hasta el último momento, aunque no se espere la victoria. Si tienen razón ó no las gentes al pensar así, yo no he de decirlo, pues repito que quiero limitarme á señalar hechos, en vez de exponer opiniones mías; y el hecho es que á todos—á casi todós, para no ser absolutos—domina aquel pesimismo que tantas veces paralizó la acción de Cánovas, que le hizo transigir con tantos males, y que convirtió en infructífera para la nación la influencia de un hombre que poseía cualidades sobresalientes, aunque no era un «hombre de Estado». En la intimidad, no hay político que no confiese su recelo de que las mejores iniciativas se pierdan; de que sea inútil todo esfuerzo, aun el mejor dirigido; de que se trabaje en balde.

Lo único que parece haber variado en este diagnóstico, si se le compara con el de hace años, es la determinación del agente de la enfermedad. Cánovas apuntaba á la masa, al pueblo todo. Ahora se reconoce que la pobre masa, en vez de ser la culpable, es la víctima, y que la culpa la tienen las clases directoras, incluso en cuanto de ellas ha dependido, y sigue dependiendo, la ignorancia é ineducación

de los de abajo. La salvedad es justa, si se considera que, de los 18 millones de españoles, sólo una exigua minoría—de todas las clases sociales—*hace* política, y el resto no puede ser responsable de aquello en que no mete baza.

Si ese pesimismo á que voy refiriéndome fuese tan pasivo como el verdadero pesimismo es de suyo, podría yo dar por terminado aquí este balance. Pero ya hemos visto que muchos de los pesimistas siguen luchando; dudan ó niegan, pero trabajan; y además, las exigencias de la vida son tan imperiosas, que obligan á todos á moverse, á caminar, á seguir haciendo y (por inconsecuencia natural que muestra cómo en el fondo de la más negra negación anida inconscientemente la esperanza tenaz) á que hagan, no para vivir al día, sino como si el horizonte se mostrase riente, en dulce promesa de un porvenir dilatado, lleno de frutos.

Hay, sin embargo, un grupo de pesimistas verdaderos; y al decir «grupo», no quiero significar que sea algo organizado ni aun de la manera más elemental, sino simplemente que de esa opinión participa un número más ó menos grande de personas, que no es singularidad individual, esporádica, y por esto poco estimable como fenómeno de nuestra vida presente. Esos pesimistas, entre los cuales hay muchos jóvenes, expresan su estado de ánimo abominando de la política y los políticos, creyendo absolutamente inútil todo esfuerzo de este orden, negándose á toda acción y declarándose—con nombre que compendia sus ideas—*apolíticos*.

Pero conviene no confundir dos cosas que son muy distintas. Estos *apolíticos* á que me refiero, no tienen nada que ver con la creencia, muy generalizada entre los hombres de estudio, de que el problema nacional presente no es de índole política, sino que dice relación á otros factores de la vida española, de los cuales depende estrictamente el político, cuyas variaciones ninguna eficacia tendrán de no reposar sobre un cambio profundo de aquéllos. Los que así piensan, aunque se abstengan de ser políticos activos y

crean servir á su país trabajando en otros órdenes, no desprecian la política, no la tienen como cosa artificial que ha de desaparecer por consunción, pues no ignoran que aun para el triunfo de sus ideales respectivos, necesitan de ella, ya que el Estado—para bien ó para mal—es hoy el único condicionante poderoso de todas las actividades sociales, y con él es preciso contar si se quiere conseguir algo, incluso cortarle las alas. Así, esta clase de *apolíticos* á que ahora me refiero, presta su concurso, cuando le llega la hora, á la acción *política*, cumpliendo su deber de ciudadanos; y cuando menos, estima en todo lo que vale la labor de los políticos militantes honrados y sinceros, en vez de confundirlos á todos en una general é injusta reprobación.

Otro aspecto tiene la opinión dominante, tradúzcase ó no en pesimismo: es la apreciación de que la gravedad de las circunstancias pide una reforma radical. «Así no podemos seguir», se dice. «Esto tiene que dar un cambio completo.» «Hay que variar de rumbo.» ¿Cómo? ¿En qué sentido? ¿Hasta dónde?

Comencemos por hacer notar una corriente fortísima antiparlamentaria. Los vicios indudables del sistema, la infecundidad de las Cortes para todo lo que realmente interesa al país, el gasto inútil y constante de energías en cuestiones personales y de política menuda, han divorciado al Parlamento de la opinión. No son ya los absolutistas á lo Nocedal, sino los mismos partidos nacidos al calor del régimen nuevo, los que blasonan de liberales, y aun los que llevan con honor este nombre, quienes han perdido la fe en la «representación nacional». En vano los que ven las cosas sin prejuicio, arguyen que mientras las mayorías se formen como se forman hoy, artificialmente, desde el Ministerio de la Gobernación; mientras los gobiernos se amparen de esa impunidad que le dan *sus* votos para cometer arbitrariedades y burlar al país, no puede hablarse de verdadera «representación nacional» ni de que existan realmente Cortes y, por lo tanto, que quien no existe no

puede ser responsable de lo que hace quien usurpa su puesto; la opinión sigue culpando al régimen, al sistema y pidiendo ¿qué?... las voces suelen detenerse una vez formulada la acusación. ¿Hay, en lo que no se dice francamente, la idea de suprimir el parlamentarismo? Algunos lo declaran con toda franqueza; los más no se atreven á tanto, y creo que, si se les obligara á formular concretamente la parte *positiva* de su programa en este punto, no sabrían qué decir.

No falta quienes aleguen que el parlamentarismo ha cumplido ya su «misión»; que, bueno para su época, hoy es ya un estorbo. Curiosísimo es notar que esa calificación de cosa pasada la aplican algunos á todo el liberalismo, limón que ha soltado ya todo su jugo y que sería inútil seguir estrujando. Huelga decir que á esto oponen otros una observación con que la historia brinda abundantemente, y es que muy á menudo lo que tomamos por agotamiento de una idea no es más que inhabilidad de los hombres para hacerla fecunda; que muchas cosas desechadas por su falta de éxito, no han sido más que arañadas en su superficie, y la humanidad ha de volver á ellas si quiere resolver bien muchas de sus cuestiones.

Sería raro que la reacción antidemocrática que en otros países ha revestido caracteres pseudo científicos, deslumbrando á no pocas gentes, careciese aquí de representantes. Á pesar de la fortísima corriente obrera, plenamente democrática, á la que aparecen unidos muchos intelectuales por honda simpatía, aunque no sean *ortodoxos* de esta ó la otra solución, los hay también nietzschianos más ó menos auténticos, que asientan como principio de su doctrina todas esas teorías que muchos pensadores creen ajenas al verdadero sentido de Nietzsche y que Bouglé ha combatido en su reciente estudio sobre *La science contre la démocratie*. Pero esta corriente es, hoy por hoy, insignificante, y no puede jugar como elemento de fuerza en la elaboración de las soluciones políticas.

Es en cambio de una intensidad cada vez creciente,

según antes he dicho, el movimiento obrero. Quiero dejar ahora á este apelativo toda la vaguedad que tiene, y que reúne en sí tantas cosas diversas, aunque ligadas por un sentido general común á todas. Hace algunos años, los que se llamaban radicales eran «revolucionarios», sin más (radicalismo del procedimiento), ó figuraban como adeptos del programa fragmentario, y á veces contradictorio, pero indudablemente muy avanzado en ciertas cuestiones, del republicanismo federal de Pi. Si preguntáis hoy á los que son realmente radicales (ya sigan militando en un grupo político concreto, ya vivan entregados al estudio ó hagan sentir su acción en otros órdenes de la vida), obtendréis las siguientes conclusiones: poco entusiasmo por los apelativos tradicionales y el encasillamiento de los partidos históricos; más aún, tendencia á desligarse de todo lazo de este género para ser más libres en sus determinaciones; poca confianza en los simples cambios de forma de Estado y gobierno; atención preferente á los problemas educativos y sociales, y una fluctuación muy sincera entre el socialismo y el anarquismo, más que por nada, por miedo á caer en un credo cristalizado en una receta irreformable. Acompañan con su simpatía (no simplemente contemplativa, sino activa) á los grupos obreros de uno y otro bando, dejan hacer y contribuyen á que se haga sin saber bien adónde van, y en muchas ocasiones sin querer precisar lo, fiando al libre juego de las fuerzas del espíritu la imposición futura de la resultante adecuada. Cuando las luchas concretas de la política actual obligan á estos radicales á intervenir con su voto, por lo común lo dan á los republicanos; y esto, según parece, por dos razones: la confianza mayor que tienen en el radicalismo de algunos de los elementos de aquel partido político, y la creencia en que abundan de que la República ha de ser mejor medio que la monarquía tradicional para desenvolver una política nueva. No fian al simple cambio de un régimen por el otro la reforma substancial con que sueñan; saben que puede ocurrir con la República lo que decía con mucha gracia un republicano:

«El rey se llamará presidente, y aquí no ha pasado nada»; pero en las condiciones mismas del sistema y en el advenimiento—que seguramente traería—de nuevas fuerzas, incluso del pueblo obrero, ven una facilidad grande para toda obra fecunda. Las resistencias tradicionales de los monárquicos á toda novedad substancial—como ya se ha visto en las diversas tentativas para hacer viable en el gobierno un partido francamente *democrático*—son, á juicio de los radicales de que hablo, bastante elocuentes para que se desconfie de aquéllos; más aún, para que se les tenga por elementos negativos.

La masa obrera aparece, por el contrario, dividida en tres grupos fuertemente adheridos á programas muy determinados: uno de ellos, todavía muy numeroso, sigue llamándose simplemente democrático y republicano, y considera, ante todo, el puro problema político, sin obstáculo de que dentro de él se manifiesten aspiraciones sociales más ó menos avanzadas, pero con subordinación á la política; otro, notable por su disciplina y entusiasmo, es socialista; el tercero, muy crecido en algunas regiones, es anarquista. Entre estos dos últimos, como en todas partes ocurre, la lucha es crudísima. Los socialistas votan por lo general solos, y su táctica dominante es de censura y oposición á los republicanos, en quienes no encuentran declaraciones bastante explícitas en punto al problema social y consideran que formarán siempre un partido *burgués*. Aunque recientemente muchos núcleos socialistas han hecho manifestaciones favorables á una acción común con los republicanos, y en algunas partes han ido y van de acuerdo con éstos en elecciones y en la gestión municipal, lo más frecuente es ver que su prensa combate de una manera preferente á los que parece que deberían ser sus más íntimos aliados para lo político, sin que esto supusiese abdicación del programa social. Por el contrario, los anarquistas suelen dar su voto á los republicanos y apoyarles en la lucha política, y se ven defendidos por ellos muchas veces.

Consultando el resultado de las elecciones, más signifi-

cativo aquí que en ninguna parte (por lo mismo que la presión gubernamental llega hasta lo inconcebible), y dando todo el valor de síntoma que tienen á las confesiones privadas de los hombres que en público no se atreven á manifestar sus ideas, se deduce con toda claridad la existencia de una opinión republicana fortísima. Sean más ó menos los republicanos convencidos, lo cierto es que á la inmensa mayoría de los españoles—incluso á personas del clero—no asusta ya la solución republicana. La ven como una cosa natural; sienten por ella simpatía, y cuando menos la consideran como la única experiencia que resta por hacer para ver de salir del atolladero presente. Ocioso es decir que la República no significa lo mismo para todos los que apoyarían ó no se opondrían á su advenimiento. Y aquí está, á mi juicio, el problema mayor de nuestra política.

Supongamos, en efecto, que no hay otra solución; que la monarquía, por no hacerse democrática; por no defender con energía la substantividad de la vida civil frente al clericalismo; por no aplicar un programa social que, á lo menos, contenga las impaciencias de los obreros manuales, se hace incompatible con el país y es sustituida por la República. ¿Qué traerá ésta? Para los radicales á quienes antes hube de referirme, si la República futura ha de ser tan gubernamental ó conservadora que nada de lo substancial cambie, no vale la pena mudar de régimen, haciendo sufrir al país la sacudida siempre molesta, á veces grave en sus accidentes, de una revolución; valdría más, según ellos, seguir trabajando, dentro de lo existente, para imponer las reformas poco á poco.

Para las clases burguesas adineradas, por el contrario, el miedo mayor es á toda novedad, singularmente las de carácter social; transigirían con algunas cosas (no muchas), pero no con modificaciones referentes al régimen económico, y estarían resueltamente en contra de una República más ó menos favorable á las reivindicaciones obreras ó á las ideas modernas referentes á este orden de cosas. Si á los radicales sueltos—que, no se olvide, pertenecen á nues-

tra minoría más intelectual—, se suman los socialistas y los anarquistas, el porvenir de una República conservadora, su posibilidad misma, no parece muy viable. Si se aprecia el valor que tienen, por su arraigo, por su dinero, los elementos llamados burgueses, forzoso será reconocer que toda tentativa que no ofrezca la seguridad absoluta de un *statu quo*, hallaría gravísimas dificultades. Pero si ellos vencen, ¿qué ventajas ofrecerá la República; qué satisfacción á los que creen que no basta mudar de nombre para aliviar los males del país?

La organización actual del partido republicano no se presta á decir ni aun lo que éste haría después del triunfo. La Unión Republicana es una asociación para la lucha, que saca su cohesión de los intereses comunes que en ésta juegan, y la mantiene gracias á una vaguedad grandísima en el programa. Dentro de ella hay conservadores y radicales; pero unos y otros, aparte de explicar el sentido general de su tendencia, nada dicen en concreto tocante á muchas cosas que al país le conviene saber de antemano. La República es, pues, una incógnita en lo que más con- vendría que fuese una afirmación ó una negación.

Esto le resta hoy partidarios decididos en la llamada masa neutra, y el día de mañana puede ser una dificultad para su consolidación. Quedan siempre, según alegan los mismos republicanos, dos cosas favorables á su régimen: la mayor amplitud de él, que permitirá una manifestación amplia y libre de todas las aspiraciones, y la confianza personal que inspiran muchos de sus hombres. Como al fin y al cabo, toda obra humana se convierte en acción individual y del valor de los individuos vive, el tener de reserva el partido republicano un número considerable de hombres de cultura, de honradez acrisolada y no gastados por el terrible engranaje del poder, hace olvidar muchas otras clases de recelos.

Por de contado, nadie piensa seriamente en que la República pueda traer peligros análogos á los que acostumbran alegar los monárquicos cuando hablan de 1873. Todo

el mundo ve hoy con claridad la distinción entre radicalismo y bullanga, y sabe que el mantenimiento del orden, la reducción á condiciones de una propaganda pacífica, regular, en un medio ampliamente tolerante, de todas las tendencias, será principio común á todos los grupos, á todos los gobiernos. Se cree también que los gobernantes futuros demostrarían no haber heredado la candidez de sus predecesores, y que la misma masa no se dejaría ya engañar por los enemigos disfrazados de demagogos.

Pero todos estos supuestos, esperanzas é hipótesis, ceden el sitio á una cuestión previa, que seguramente se les habrá ocurrido ya á mis lectores: ¿la República vendrá? ¿es cosa inminente? Nadie podría afirmarlo ni negarlo. Republicanos hay, y muy sinceros y entusiastas, que lo dudan, haciendo hincapié en esa atonía que se advierte hoy en nuestro pueblo para los asuntos políticos. Si la atonía se prolonga, y los directores vacilan en dar el impulso—quizá por el mismo temor de no ser secundados suficientemente—, el cambio de régimen podrá recular años y años en nuestra historia. Así lo temen no pocos de los que verían con gusto ese cambio. Otros, advertidos por la experiencia de lo pasado, dejan un portillo abierto á lo imprevisto, que lo mismo pudiera expresarse en la aparición de una voluntad enérgica que mude de pronto las condiciones de lo actual, desplazando el problema dentro del mismo régimen imperante, que en la acentuación de la decadencia presente con todas sus consecuencias, incluso la intervención extranjera, que algunos creen posible, quizá prevista y acariciada.

Como se ve, el estado actual no tiene nada de claro, y apenas si los que dentro de él vivimos, en contacto con todos ó casi todos sus factores, podemos darnos cuenta exacta de él, para reducirlo á términos categóricos.

Á mi—y séame lícito apuntar una opinión al término de estas cuartillas—lo que me parece es que todas esas doctrinas que aquí luchan, todas las oposiciones de los partidos que pueden representar una solución inmediata al problema, se mueven en un terreno muy falso, porque en

él sólo figura una minoría consciente, tras de la cual queda oscurecida esa masa á que empecé refiriéndome al hablar del pesimismo, á saber: la que no hace política y vive en un estado de ignorancia y miseria moral deplorables. Y hago una pregunta: ¿cabe gobernar un país, con cualquier programa que sea, el mejor intencionado, con los hombres más escogidos que puedan hallarse, teniendo que arrastrar el peso muerto de una mayoría que, no por su culpa, sino por las ajenas, será materia rebelde y fácil á toda sugestión de charlatanes, ambiciosos ó intransigentes, mientras no se le redima de ese estado? ¿No sería mejor empezar por educarla—y por dar de comer á los que tienen hambre—para edificar en firme la obra política ulterior?

II

Más de política

Un mi amigo, á quien leí el artículo que antecede, se me mostró ayer preocupado por ciertos conceptos que le habían hecho impresión, hasta el punto de no apartársele de la memoria.

—¿Y qué es ello?—le pregunté.

—En primer lugar—contestó—, una cosa que dices, no recuerdo en qué términos, acerca de la manifestación de una voluntad enérgica, ó de un cambio radical dentro del propio régimen en que vivimos... ¿No es así?

—Algo así es. ¿Y qué?

—Pues que no lo entiendo. ¿Aludes á la aparición de un carácter en la política monárquica, que la consolide y á la vez la oriente en una dirección moderna, propia para satisfacer los anhelos nacionales?